

Obreros, ¡Dios!, obreros...

Alberto Serret

Obreros, ¡Dios!, obreros de hinchados pectorales
y piernas prometeicas que incitan a tocar,
y piel como aceitada, de extensos pedregales
tan firmes como el cielo, tan broncos como el mar.

De repente un andamio me entrega las visiones
humeantes, de sol vivo, de cemento y sudor:
los cuerpos prometiéndome erectas compulsiones
al amparo de agosto, que envidia ese calor.

Ya subiré a morderles las carnes desatadas,
a chuparles la cal, frotando mis ladrillos
contra el repello macho de todas sus paredes.

Ya subiré a morderles la pirámide alzada,
el edificio cósmico con sus tantos anillos
y sus potros viriles coceando entre mis redes.